

CAJA
P-6
5998



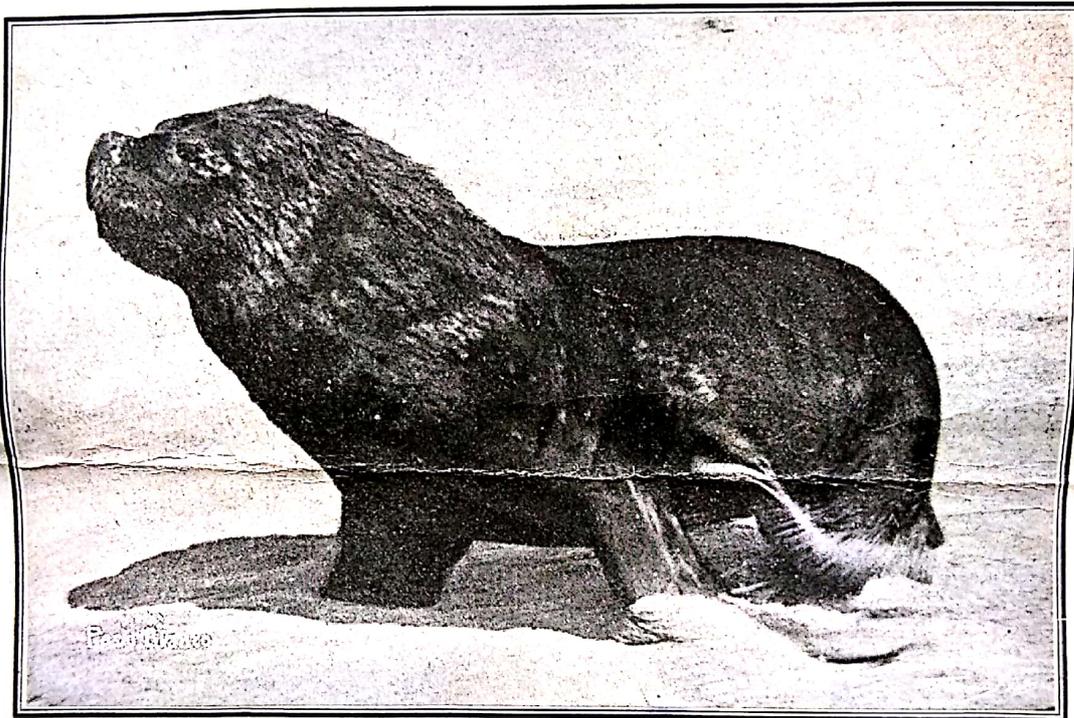
27 FEB. 1912

FOCAS

DE LA

República O. del Uruguay

(Con 20 fotograbados obtenidos de las fotografías sacadas por el autor)



POR EL

Dr. José del Peso Blanco

GRANADA

Tip. Lit. Paulino Ventura Traveset
calle de Mesones, 52

1911

210

FOCAS

DE LA

República O. del Uruguay

CONFERENCIA

con proyecciones luminosas

DADA EN LA

Real Sociedad de Historia Natural, Sección de Granada

EN ABRIL DE 1909

y en el Ateneo de Montevideo, en Septiembre de 1910

POR EL

Dr. José del Peso Blanco



(Con 20 fotograbados obtenidos de las
fotografías sacadas por el autor)

GRANADA

Tip. Lit. Paulino Ventura Traveset
calle de Mesones, 52

1911

FAACULIAD DE CIENCIAS
NATURALES Y MUSEO
Biblioteca

Inventario... 5998

Fecha.....

Adquirido por.....

Sig. Top P-6

ISLA DE LOBOS



Extremo Norte de la isla. Faro y única playa donde puede desembarcarse

Señores:

EL principal objeto de esta conferencia es dar á conocer, por medio de proyecciones luminosas, las fotografías de focas que hé obtenido en la Isla de Lobos, y al mismo tiempo exponer los datos adquiridos de los que se dedican á la caza de ellas y mis observaciones sobre las costumbres de estos seres, tan útiles al hombre, que la piel se utiliza para abrigos, la grasa para aceite, los huesos en distintos objetos de la industria, y su carne, que es comestible, si bien en el Uruguay no se aprovecha, para los habitantes de otros países, donde también las hay, constituye la base de su alimentación, pues hasta la sangre, desecada, la emplean como galletas.



EN América del Sur, entre los 33 y 35 grados latitud, á pocas millas de las playas de los Departamentos de Maldonado y Rocha, pertenecientes á la República del Uruguay, donde el anchuroso Río de la Plata mezcla sus aguas con las del Océano Atlántico, se encuentran las islas del Polonio, Castillos, Coronilla y Lobos, en las que desde tiempo inmemorial se viene haciendo gran matanza de focas, para utilizar su grasa y sus pieles.

Haremos una ligera descripción de la Isla de Lobos, que es la mayor y la más importante, y en la que más abundan estos anfibios. Su longitud aproximada es de 1,500 metros, 800 en su parte más ancha y 26 de altura sobre el nivel del mar. Sólo en el centro de ella hay tierra vegetal muy fértil, y el resto, donde viven y anidan millares de gaviotas, es de rocas y arenas. Tiene además un manantial de agua potable, y la flora está representada por gramíneas, cactus y helechos. Los escollos que rodean su orilla hacen difícil que puedan acercarse á ella las embarcaciones, excepto en una reducida playa al Norte, donde pueden atracar barcos de poco calado. Colocada á cinco millas de la costa uruguaya, frente á la Punta del Este, es uno de los puntos que sirven durante la noche para la recalada de los buques que, procedentes de Europa y otros países, se dirigen al Río de la Plata, y es también preferido por los marinos para acortar la distancia. De ahí que estas aguas estén constantemente surcadas por los muchos barcos que de varias partes del mundo hacen el tráfico con los puertos de este río. Hasta hace poco tiempo solo un hombre vivía en ella, vigilándola para impedir que maten y ahuyenten las focas, que en todo el año, y más en ciertas épocas, viven en aquellas soledades; y han sido tan numerosos y

frecuentes los naufragios en las cercanías de la isla y en toda la costa de esos departamentos, donde abundan los escollos, bajíos y rompientes, que ha llegado á tener triste celebridad. (1)

Una de las causas principales que motivan estos naufragios son las densas nieblas que hay en los meses de invierno, y según la opinión de viejos marinos, tienen no poca culpa algunos capitanes de buques, que, al cruzar esos parajes en tales condiciones, se olvidan de sondar con frecuencia, pues al acortar máquina para evitar choques con otros que marchan en dirección contraria, las corrientes, que allí son de importancia, aumentan ó disminuyen la velocidad, haciendo formar cálculos erróneos sobre la distancia recorrida, y, por lo tanto, del punto exacto donde se encuentran; y de ahí esos choques sobre piedras y demás accidentes marítimos con pérdida de vidas é intereses. Hace años que el Gobierno del Uruguay, inspirándose en una idea muy humanitaria, para disminuir en lo posible la cifra de estos naufragios, y comprendiendo que la vida de un hombre vale mucho más que cuanto pudiera obtenerse con la venta de las pieles de las focas, que se ahuyenten con la instalación de un faro, y á pesar de los varios y buenos que hay en distintos puntos de estas costas, hizo construir uno en esta isla, quizás de los mejores del Sur de América, pues reúne todos los adelantos modernos, con luz á destellos que alcanzan á muchas millas, y ya quedó colocada una potente sirena que deja oír su sonido á gran distancia. Una valla de alambre incomunica y separa el faro y vivienda de los nuevos empleados del resto de la isla, para impedir que la presencia de éstos molesten y alejen á las focas. Solo una vez por semana interrumpe el silencio y la monotonía de aquel sitio, la llegada de un pequeño cúter portador de víveres, y aun á veces, cuando reinan los furiosos temporales producidos por los vientos S. y S. E., pasan quince y veinte días sin recibir socorros, ni tener relaciones con el resto del mundo. Esta isla, con las otras mencionadas, las tenía arrendadas el Gobierno á una empresa, mediante la retribu-

(1) Según datos suministrados por la Capitanía del Puerto de Maldonado, y otros adquiridos separadamente, han ocurrido en aquellas aguas, desde Mayo de 1876 hasta el mismo mes de 1911, es decir, en treinta y cinco años, alrededor de setenta naufragios, correspondientes á barcos de trece nacionalidades distintas, con la particularidad de que buque que tuviera la desgracia de dar con su quilla en las terribles rompientes de la isla, se perdía totalmente á pesar de cuantos esfuerzos se hicieran para sacarlo. En treinta años solo se ha podido salvar de tan peligroso sitio el vapor inglés Drumcliffe, encallado en Agosto de 1910, y es justo mencionar que, gracias á los valiosos medios con que cuenta la poderosa flota de salvamento de la casa Lussich de Montevideo, que en esa empresa perdió uno de sus mejores vapores, pudo obtenerse tan señalado triunfo.

ción de 40 ó 50 mil pesos por año, concediéndoles el derecho de ser suyas las focas que mataran en ellas, así como las pieles de las que aparecieran muertas por las playas cercanas.

Dos estaciones del año son las preferidas por las focas para salir á las islas, pudiendo entonces vérselas reunidas en grupos más ó menos numerosos. Durante el verano, cuando echadas sobre la arena de la playa, ó sobre las piedras cercanas á la orilla, que, en días de calma, el mar baña suave y tranquilo, las hembras, unas cuidan y amamantan á sus hijos, y otras, adormecidas por el calor del sol y las caricias del macho, que celoso y vigilante las arrulla y defiende contra la probable acometida de otros de próximas manadas, pasan los días indiferentes á todo lo demás, hasta la llegada del mes de Marzo que de nuevo emigran á otras aguas, ó durante el invierno, buscando refugio y descanso en los días en que el pampero sopla huracando levantando olas enormes, que rugientes avanzan hasta estrellarse contra las rocas de la costa. Fuera de dichas épocas puede calcularse que no pasarán de varios centenares las que quedan en la Isla de Lobos, siendo en su mayor parte viejas, enfermas y las muy agotadas.

Para darnos una idea aproximada de las que llegan en los meses de invierno, basta saber que, en trece años, ó sea desde el año 1896, hasta el 1908, han muerto en todas las islas la cantidad de 201,694

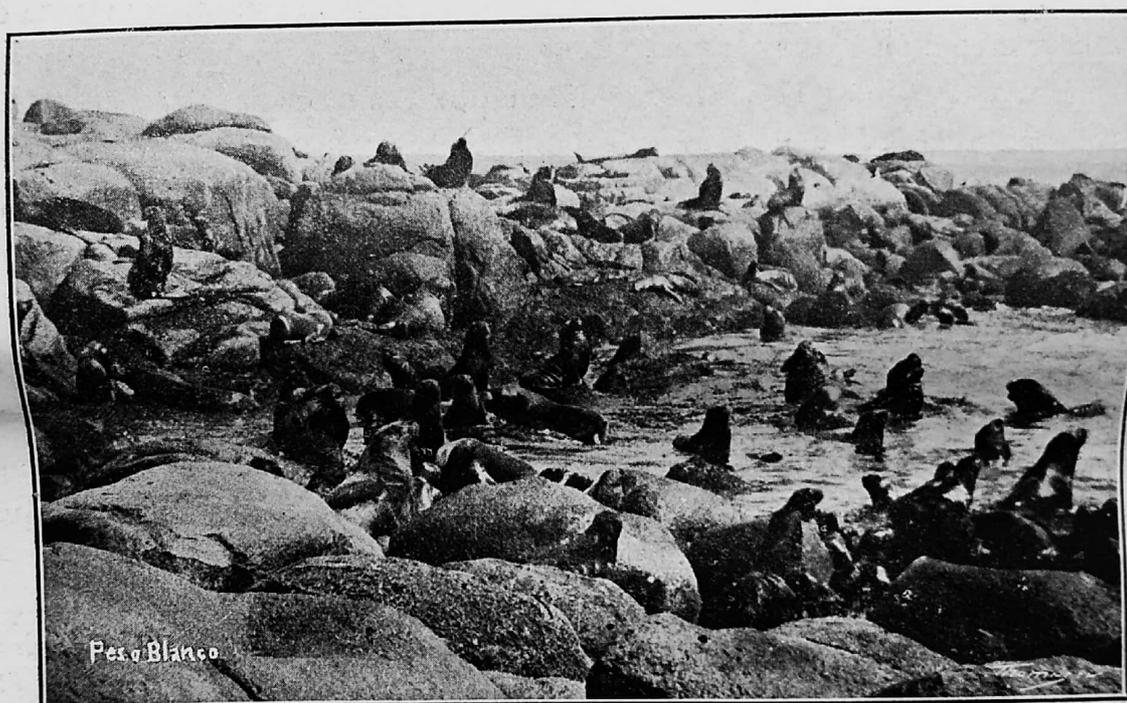
Si á esto se agrega que en cada matanza se escapan dos terceras partes y además las que mueren por enfermedad ó vejez, por las heridas que



Una familia

recibieron en sus peleas, las que devoran los tiburones, y la no despreciable cantidad de las que matan los cazadores en el mar, que en embarcaciones adecuadas vienen hasta el Canadá y otros países, estimulados por el valor de sus pieles, se comprenderá el crecido número de ellas.

Cuando se va hacia la isla, á medida que la embarcación que nos lleva se aproxima, óyese el mugido de los machos vigilantes que ocupan las piedras altas de la costa, se les ve levantar la cabeza dirigiendo hacia arriba el hocico, y dan la voz de alarma á las que duermen sobre las piedras y la



Focas en alarma

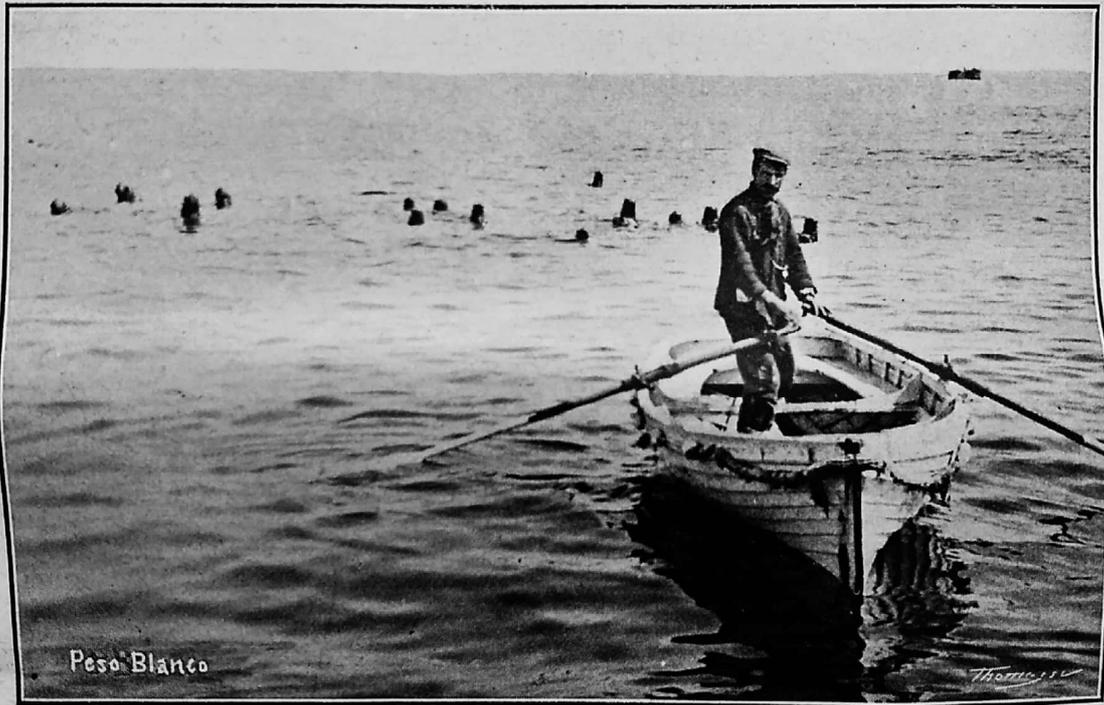
arena; al punto se despiertan éstas, y levantando sus pesados cuerpos apoyándose sobre las extremidades anteriores, miran asustados hacia el sitio donde observan algo extraño y empiezan á dar gritos, que, á cierta distancia, hacen el efecto como si estuviera cerca algún rebaño de vacas y ovejas, pues el de los machos se parece al de los toros y el de las hembras y pequeños, á balidos de ovejas y corderos. Varias se arrojan al mar, y nadando con el cuello y la cabeza fuera, se dirigen hacia la embarcación, y aproximándose hasta poca distancia de ella, la siguen un trecho, se sumergen y aparecen de nuevo.

Estos seres parece que son inofensivos para el hombre cuando están en el agua, pues no se ha oído referir desgracias producidas por ellos.

Dos especies de focas nacen en las islas del Uruguay: el León y el Oso marino, pertenecientes ambos á la familia de los Otarios, (1) que es una de las tres en que se han dividido los Pinípedos.

Los que se dedican á matarlos llaman al primero *Lobo peluca* y á la hembra *baya*. El segundo es conocido con los nombres de *Lobo fino* ó de *dos pelos*.

Son mamíferos, carnívoros, viven en el mar, donde encuentran su ali-



En el mar, siguiendo á una embarcación

mento y salen á tierra para reproducirse y descansar, poniéndose al abrigo de los grandes temporales. Como todos los de la familia á que pertenecen, se caracterizan por tener orejas pequeñas pero visibles, de ahí el nombre, cuello alargado, las plantas de los pies desprovistas de pelos, y caminan por tierra sin necesidad de arrastrarse. El cuerpo es robusto, prolongado y cilíndrico, disminuye progresivamente desde el pecho, que es ancho, hasta la cola, que es corta.

(1) Otario, del griego *otos*, oreja.

Las manos tienen la forma de aletas, constan de cinco dedos con pequeñas uñas, reunidos aquéllos por expansiones tendinosas, que la piel cubre, y se extienden más allá de las falanges. Los pies constan también de cinco dedos, cubiertos y reunidos por la piel y expansiones tendinosas que, al llegar á las últimas falanges, se separan en forma de tiras, prolongándose varios centímetros. Los tres dedos del centro están provistos de fuertes y largas uñas, que utilizan para rascarse. Cuando están en el agua, las extremidades anteriores les sirven para nadar, las posteriores de timón, y unas y otras, al salir á tierra, para caminar por ella.

Tienen un olfato muy fino y un oído excelente, sobre todo el primero, pues aun dormidos y de lejos, notan la llegada del hombre y corriendo se dirigen al mar; siendo indispensable, para poder aproximarse á ellos, sin que se aperciban, marchar contra el viento. La nariz y el oído externo están provistos de músculos que, al contraerse, cierran estas aberturas é impiden la entrada en el agua cuando se sumergen en ella.

Solo en la época de la reproducción se muestran tan indiferentes al temor que el hombre puede inspirarles, que hasta parece no existir en ellos el instinto de conservación, y cualquiera, ya sea á favor ó en contra del viento, puede llegarse hasta tres ó cuatro metros del sitio que ocupen, sin



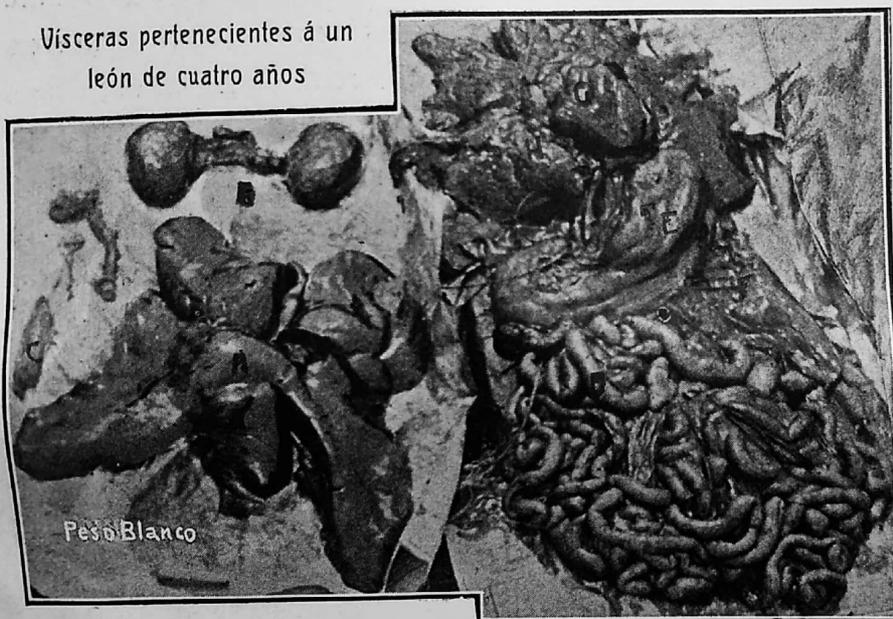
que se muevan; pero si están cerca de las hembras, lejos de huir, se vienen hacia el hombre con intención de morder y antes se dejan matar que aban-

donarlas. Estando solos ó separados de ellas, pero vigilándolas, es difícil obligarles á que se aparten ó se arrojen al mar. Más adelante, cuando el cuidado de las hembras no les preocupa tanto, hay que andar con más sigilo para aproximarse y, aún así, á los diez ó doce metros notan la presencia del intruso y lo miran con desconfianza, pero permaneciendo quietos, nada hacen y siguen en sus sitios. A mediados de Marzo ya es imposible llegar adonde estén sin tomar bastantes precauciones, pues desde setenta y cien metros de distancia, la agudeza de su olfato les advierte la llegada del hombre y se preparan á huir.

En el estómago, que es bastante grande, se encuentran piedras, en el de los *lobos de dos pelos* y en el de los pequeños de una y otra especie,

arena gruesa. La ingestión de estas piedras y arenas la explican algunos diciendo que es para hacer lastre y poder sumergirse, y otros, para completar la masticación. Ni una cosa ni otra parece ser cierta, pues para permanecer bajo el agua los varios minutos que están, es muy suficiente la fuerza de sus aletas, además

Visceras pertenecientes á un león de cuatro años



a. Hígado.— b. Riñones.— c. Vejiga.— d. Intestinos.— e. Estómago.
f. Páncreas.— g. Corazón.— h. Pulmones.

de que en muchos estómagos de los muertos en el mar, no en todos se han encontrado esos cuerpos extraños, y ni el peso ni el número de ellos responden á la corpulencia y volumen del animal que los llevaba. Si es para ayudar la masticación, es menos admisible; su sistema dentario, (1) con grandes molares y fuertes mandíbulas, es tan completo y bien desarrollado, que trituran un hueso fácilmente.

El hecho de encontrarse arena en los estómagos de los pequeños que

(1) Consta de ordinario de 36 dientes; en el maxilar superior tienen 2 incisivos grandes y 4 más pequeños, 2 caninos y 12 molares y en el inferior 4 incisivos, 2 caninos y 10 molares. Se ven algunos maxilares inferiores de leones que tienen dos incisivos en vez de cuatro. (Pág. 18).

solo cuentan algunos días de existencia, también lo desmiente, pues en esa edad ni hacen uso de otro alimento que la leche, y por lo tanto nada tienen que masticar, ni viven en el agua, puesto que hasta pasados quince ó veinte días de haber nacido no pierden el miedo que el mar les infunde. Por último, la túnica muscular de las paredes de su estómago no es lo bastante gruesa para que, con la ayuda de cuerpos extraños, pueda triturar los alimentos y hacer las veces de aparato masticador, como ocurre en las aves granívoras.

Parece probable que esas piedras y arenas que tragan contribuyan especialmente, más que á los fenómenos mecánicos de la digestión, á los fenómenos químicos, estimulando la secreción del jugo gástrico.

Nunca se les ha visto comer ni beber agua mientras están en las islas, así que al final de la temporada han perdido la grasa que tenían, quedando flacos y agotados. Su alimentación principal es el pescado y con preferencia de la clase fina, calculándose en diez á quince kilos diarios los que necesitan para vivir.

Aunque entre ellos son muy valientes y por defender sus hembras se destrozan, con los hombres evitan todo encuentro, pero si éste los sorprende y no ven posibilidad de fugarse, al pronto quedan quietos mirándolo con extrañeza; si los provocan, se van hacia él, y defendiéndose á dentelladas procuran abrirse paso. Debido á la ligereza con que mueven el cuello es más expuesto atacarlos de lado que de frente.

Más peligrosos son los machos viejos que, retirados de los demás, se ponen en sitios apartados ó casi ocultos entre las rocas, y dormidos pasan inmóviles mucho tiempo en un mismo lugar, hasta el extremo que cualquiera, creyéndolos muertos, puede aproximarse más de lo debido y verse atacado, pues con la edad se vuelven tan feroces que no permiten se acerquen ni á los de su misma especie, acometiendo con furor al que lo intente, sean machos, pequeños, ó hembras.

Los otros machos, cuando no les preocupa el cuidado y vigilancia de sus compañeras, duermen muchísimo, y algunos adoptan posturas extrañas boca abajo ó hacia arriba, con las dos nadaderas separadas del cuerpo en forma de cruz, ó con una sola dirigida hacia lo alto, etc., etc.

Las horas de más calor las pasan en la misma orilla del agua ó sobre la arena mojada. Al obscurecer y en los días nublados, dejan la orilla y avanzan hacia la playa, cubriéndola toda. En esos días pueden verse reunidos muchos lobos *pelucas* con sus hembras é hijos en la parte Norte de la isla, que es el sitio preferido por los de esta especie y los de mayor tamaño de ella.

Para trepar por las rocas, se levantan y sostienen sobre las extremidades posteriores; las anteriores y el cuerpo lo adaptan muy bien á las desigualdades de las piedras, y aunque con lentitud suben por sitios de bastante declive.

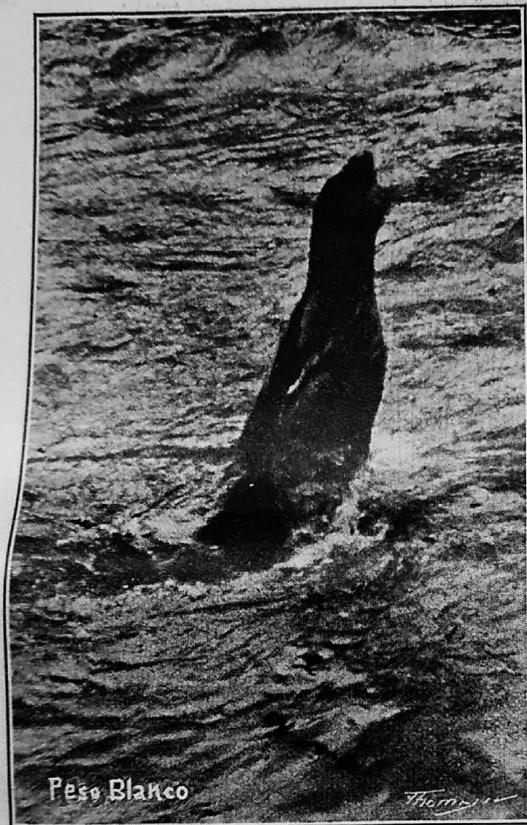
Nadan boca abajo, de espalda, saltan, se sumergen y aparecen de nuevo á los pocos minutos; para reconocer

á distancia sacan medio cuerpo fuera del agua, sosteniéndose un rato en esa posición. En los sitios donde están en tierra dejan un mal olor que el viento lleva á gran distancia.

Su resistencia vital es muy grande, sobre todo los leones, y sólo hiriéndolos en el corazón ó destrozándoles la cabeza á garrotazos, es como mueren.

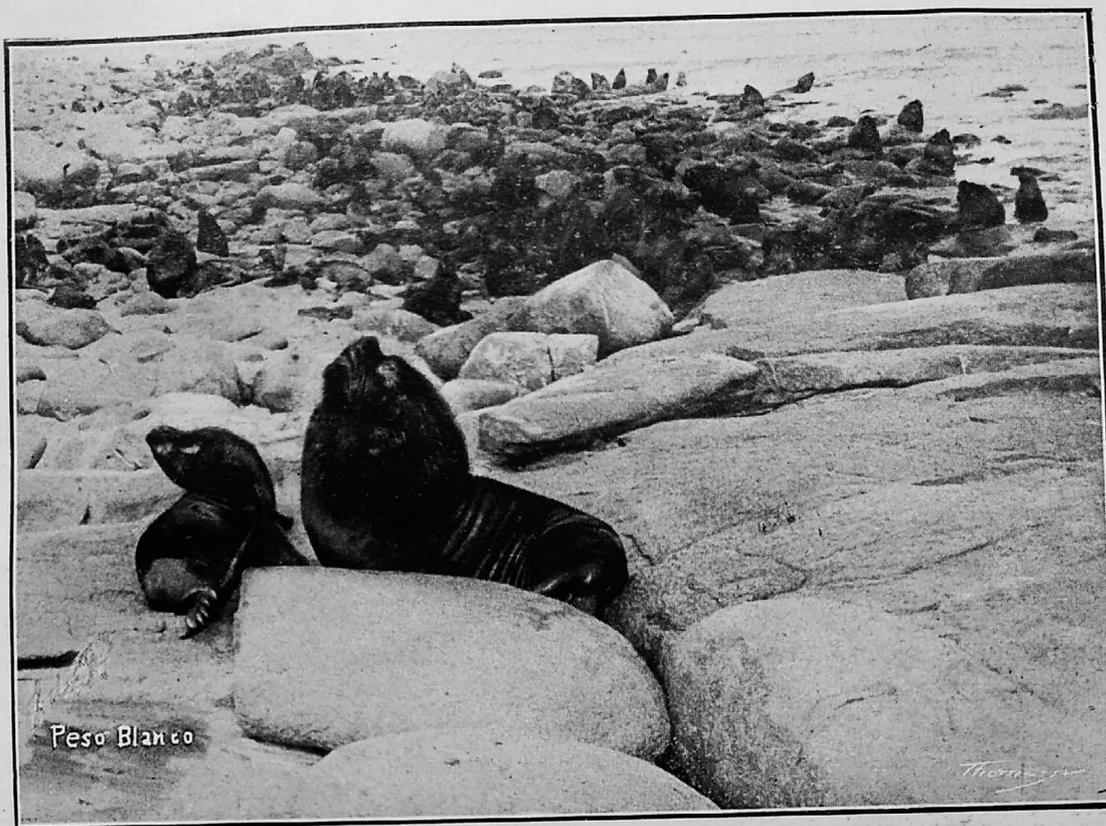
Hasta fines de Diciembre se ven focas por aquéllas aguas, pero desde ese mes hasta Marzo, que es el verano en estas latitudes, viven en las islas, donde las hembras dan á luz sus hijos, los crían y los enseñan á nadar. Es también la época de sus amores y de sus más encarnizadas luchas por el robo de otras hembras y por la conservación y defensa de las suyas.

Primero llegan los osos de mar y más tarde los leones. Los machos más corpulentos van delante, y antes de salir á tierra, la observan con cuidado,



Saltando en el agua

nadan de un lado á otro, sacan medio cuerpo fuera para olfatear, y, cuando nada extraño ven, se deciden á salir. Según su fuerza y valor, cada uno ocupa el puesto que ha podido tomar, pues esta ocupación va casi siempre precedida de una pelea. Después llegan los adultos de tres á seis años, que no atreviéndose á disputar el puesto á los mayores se alejan y ocupan los sitios que aquéllos no quisieron. Á las dos ó tres semanas, las hembras con los pequeños, y á medida que van saliendo á fuera se apoderan de ellas. Si algunas se muestran indecisas en dejar el agua, los machos se les acercan, y con caricias y halagos procuran atraérselas, hasta que consiguen

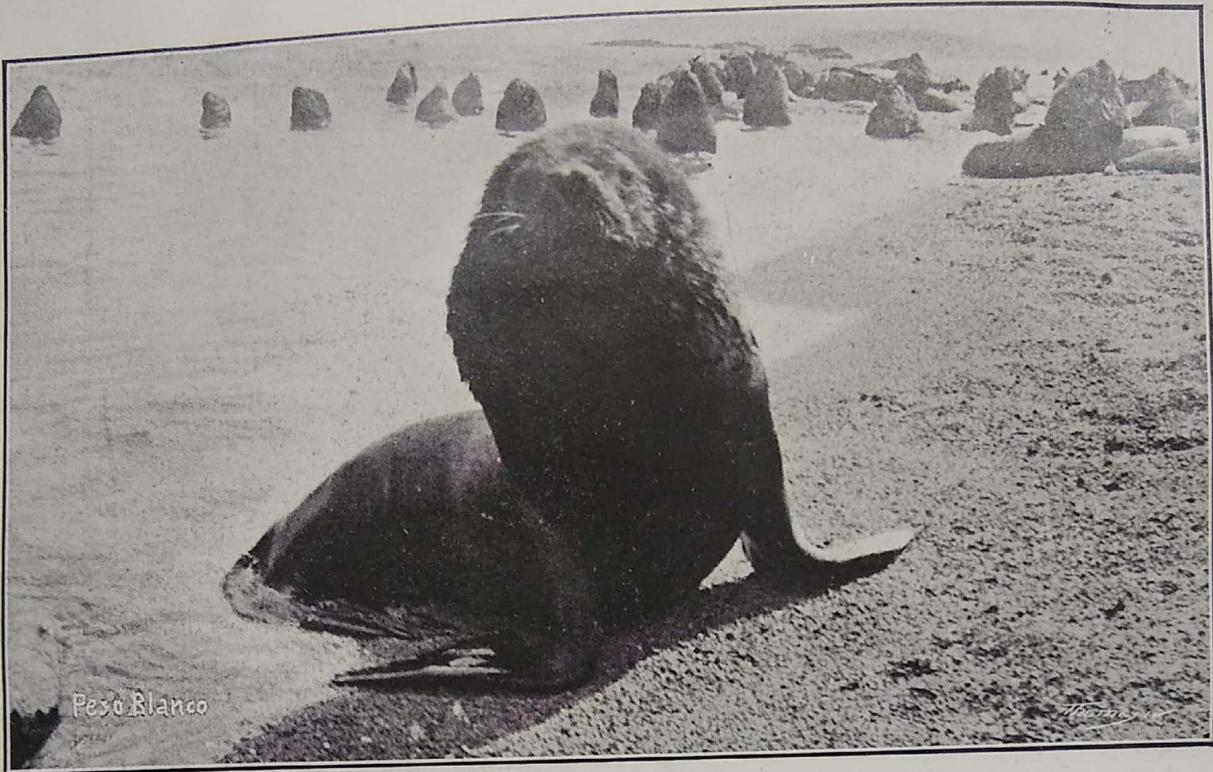


Una pareja en pleno idilio

colocarse entre ellas y el mar, y entonces, á empujones, se las llevan á su serrallo.

Los últimos en llegar son los más viejos, que eligen los lugares apartados, y sobre las piedras quedan durmiendo la mayor parte del verano. Unos á otros se quitan las hembras, y, por este motivo, mientras están entre ellas viven en continúa vigilancia y siempre atentos al menor movimiento del macho que ven aproximarse. Para ahuyentarlo le amenazan y rugen mostrando sus agudos colmillos, hasta que, impaciente, sacude la erizada melena y lo ataca con bríos, mordiéndose mutuamente en la cabeza, boca, cuello y donde pueden. Mientras tanto, ellas los contemplan tranquilas en sus sitios, ó son robadas por otros machos, que, aprovechando el descuido de los que pelean, aumentan sin riesgo el número de compañeras. Estos combates terminan ó por cansancio ó por la huída de los vencidos.

Es raro que muera alguno durante la pelea, pues la espesa capa de grasa que tienen bajo la piel, sobre todo en la parte anterior del cuello y del pecho, les sirve de coraza protectora; pero más adelante, á causa de la infección de las heridas, algunos mueren y el mar los arroja á la costa inmediata. Cuando cada cual se conforma con el número de compañeras que tienen, establecen su vigilancia, colocándose varios en el mar y otros en tierra.



1



2



3



4

1. Pronto para acometer.
2. Variedad gris visto de espalda.
3. Caminando por la arena.
4. Uno de los de mayor tamaño.



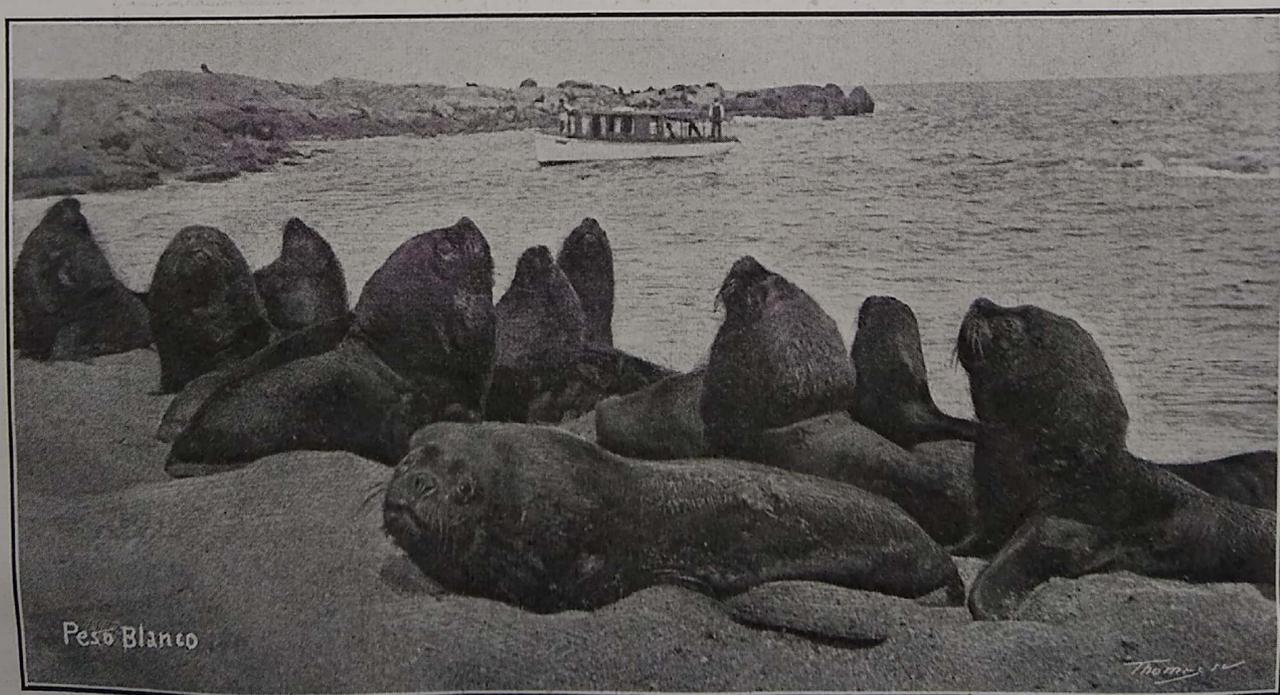
Pelea entre dos machos



León marino (*O. jubata*).—Conocido vulgarmente con el nombre de *Lobo peluca*, es vigoroso y valiente; el tamaño ordinario de los adultos oscila entre 2^m 20 á 2^m 50, viéndose algunos de mayor longitud. Las paredes del cráneo son gruesas y las crestas óseas muy desarrolladas. El hocico se parece al de un gran dogo, algo levantado, ancho y como truncado en su extremidad. En el labio superior tienen gruesas y largas cerdas en forma de bigote. La cabeza y cuello están cubiertos de pelos largos que les caen en melena sobre el pecho y la espalda. Cuando se enfurecen se les eriza y les dá un aspecto de mayor ferocidad. Hasta los diez ó doce años no les aparece dicha melena, que, con la edad, adquiere un color gris amarillento. El pelo de las demás partes es corto, liso y tendido sobre la piel, presentando el color variaciones individuales y según la edad. Recien nacidos, hasta los nueve ó diez meses, lo tienen oscuro, después más claro; de dos ó tres años, pardo, sobre todo en los machos, y de más edad, pardo más ó menos claro. Hay algunos completamente grises.

Durante el período del celo casi todos los leones adultos que vigilan las hembras y están entre ellas, tienen heridas ocasionadas por las dentelladas de los otros que pretenden robárselas. De ahí que se vean á muchos de ellos ensangrentados y con cicatrices en distintas partes del cuerpo.

Los vencidos y desalojados de sus sitios, y á los que el cansancio ha amortiguado sus deseos, se reúnen en grupo aparte, van al agua con fre-



Grupo de leones descansando en la orilla

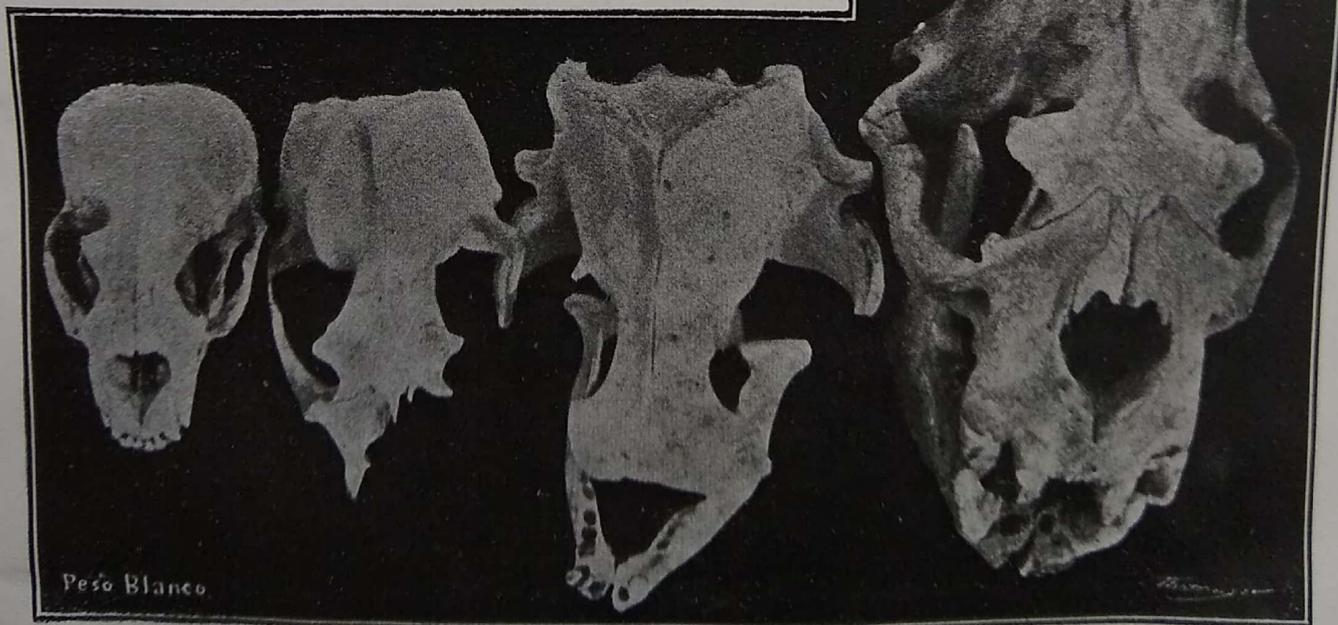
cuencia para bañarse, y el resto del tiempo lo pasan durmiendo y recuperando fuerzas para de nuevo volver á luchar.

Esta es la especie que más abunda en la Isla de Lobos y durante el verano ocupan casi toda su orilla, exceptuando la parte Sur. Los más fuertes y grandes eligen la playa del extremo Norte y Nordeste, donde está el saladero, almacén y vivienda de los empleados. Recien llegados se muestran huraños, pero pronto se acostumbran á la presencia del hombre, y si no se les asusta ó se aproximan demasiado á ellos, no se mueven del sitio donde están.

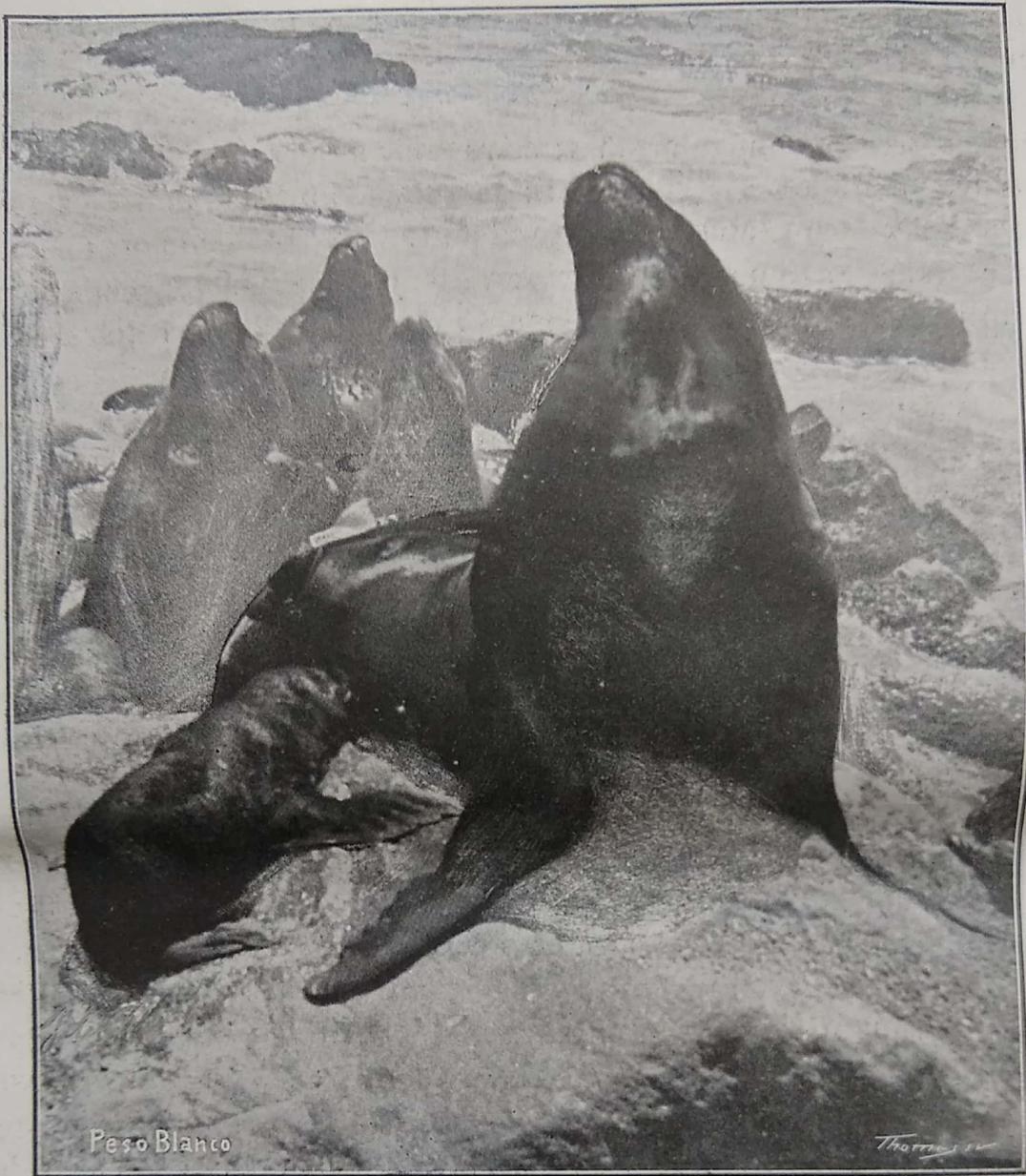
Las hembras son más delgadas, pequeñas y tímidas. Como los machos, presentan también variaciones en el color del pelo, predominando en muchas el amarillo y en otras el pardo claro. Paren en Enero y principios de Febrero, casi siempre un hijo; las mamas son en número de cuatro, situadas en el vientre, y la lactancia dura de cuatro á seis meses, según el sexo del hijo, pues en los machos es de más duración. Conocen su voz desde lejos, y cuando lo buscan, aunque esté entre muchos, no lo confunden con otro; por el contrario, en el peligro huyen y lo abandonan, permaneciendo quietas é indiferentes si ante su vista se lo llevan.

Cráneos de las dos especies

(Los dos del centro están incompletos)



El primero de la izquierda pertenece á un oso marino de pocos años y los restantes á leones de distinta edad. Los dos últimos maxilares inferiores solo tenían dos incisivos.



Dándole de mamar al hijo

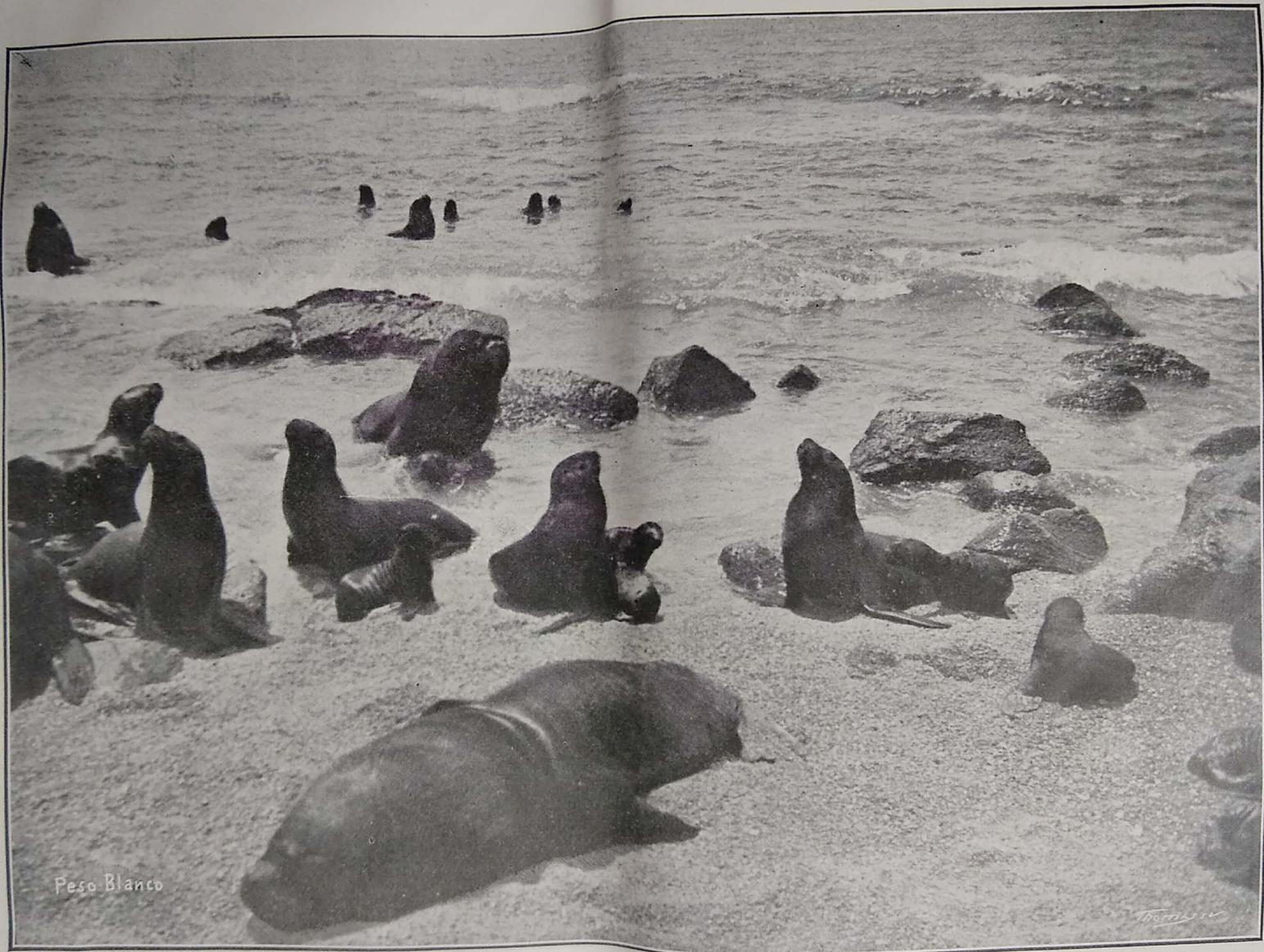
Oso marino (*O. ursina*).—Es de menor tamaño y volumen; las paredes del cráneo son más delgadas y las crestas óseas menos acentuadas y gruesas que en los *pelucas*; hocico y cuello más corto, orejas más visibles y carecen de melenas. Tienen dos clases de pelos; uno largo cerdoso, que cubre á otro corto apretado de color castaño claro, tan suave al tacto como el terciopelo, y es el que dá valor y mérito á estas pieles; pues preparadas convenientemente se utilizan para abrigos de gran lujo, pagándose á precios elevados, siendo preferidas las de los pequeños de dos años. El color del pelo largo es negro brillante hasta los tres meses, y desde esa

edad hasta que son adultos, amarillo obscuro en el vientre y parte anterior del cuello, y gris en el resto.

En los machos adultos predomina el pardo intenso, excepto en la espalda, que es gris. Son muy huraños; para salir á tierra, prefieren los lugares menos frecuentados por el hombre; de ahí que abundan más en algunas de las otras islas é islotes solitarios. En la de Lobos, sólo ocupan la parte Sur, por ser la más apartada y á donde está absolutamente prohibido llegar. Muy rara vez se reunen con los leones, y cuando esto ocurre, son muy pocos los osos que hay, pues aunque no se temen, se miran con respeto unos y otros y evitan todo encuentro. Siempre son los primeros en darse cuenta del peligro, y también los primeros en arrojarse al agua.

Las hembras son más pequeñas, y en el color del pelo largo predomina casi siempre el gris. El período del parto es en Diciembre y Enero; sólo tienen un hijo, al que dan de mamar durante cuatro ó seis meses, y á diferencia de las hembras de la otra especie, éstas no los abandonan en el peligro, procurando siempre que pueden llevárselos consigo.

Los recién nacidos de una y otra especie, tienen de longitud treinta ó cuarenta centímetros, dos ó tres kilos de peso y casi toda la dentadura, menos los caninos, que son los últimos en aparecer. De pequeños son torpes, se crían robustos y crecen rápidamente. Se reunen los de la misma edad, y unas veces juegan y otras se pelean; pero la mayor parte del día lo pasan durmiendo, y al obscurecer buscan á la madre y se van con ella. Estas, para enseñarlos á nadar y hacerles perder el miedo que el mar les infunde, se los llevan á la orilla y allí juegan, hasta que acostumbrados al agua y perdido el miedo salen nadando acompañados por la madre, la que al verlos cansados los coloca sobre su espalda y se los traen á tierra. Si huye ó no quiere dejar la orilla, lo toma con la boca por el cuello, como las gatas á sus hijos, y lo sambulle en el agua. Es difícil criarlos sin la madre cuando son pequeños; se obstinan en no comer y prefieren morir de hambre antes que tragar el alimento que se les da, sea leche ó pescado.



Peso Blanco

Hembras con sus hijos

Caza.—Empieza en Junio y termina á mediados de Octubre. A los hombres dedicados á cazarlas les llaman loberos; son prácticos, valientes y arriesgados. Para no caerse al saltar y correr sobre las piedras persiguiendo á las focas, usan muchos un calzado especial hecho con lana trenzada, y cada uno va provisto de un fuerte y grueso palo, con el que se defiende y ataca. Todos están á las órdenes de un capataz, hombre bastante práctico y buen conocedor de las costumbres de estos anfibios, como también del terreno donde se verifican estas matanzas. En casi todas las islas se hacen dichas matanzas el mismo día del desembarco, pues la falta de abrigo y resguardo para los hombres y las embarcaciones que los llevan no les permite detenerse por más tiempo. No así en la de Lobos, donde por haber habitaciones, más amplitud y mayores comodidades pueden quedarse toda la temporada, y por lo mismo desembarcan antes y en ella esperan la llegada de los fuertes temporales del S y S. E., en que las focas, huyendo del frío y castigadas por el fuerte oleaje, buscan descanso en tierra para dormir tranquilas al calor del sol, ó entre las rocas, que las protegen del frío pampero.

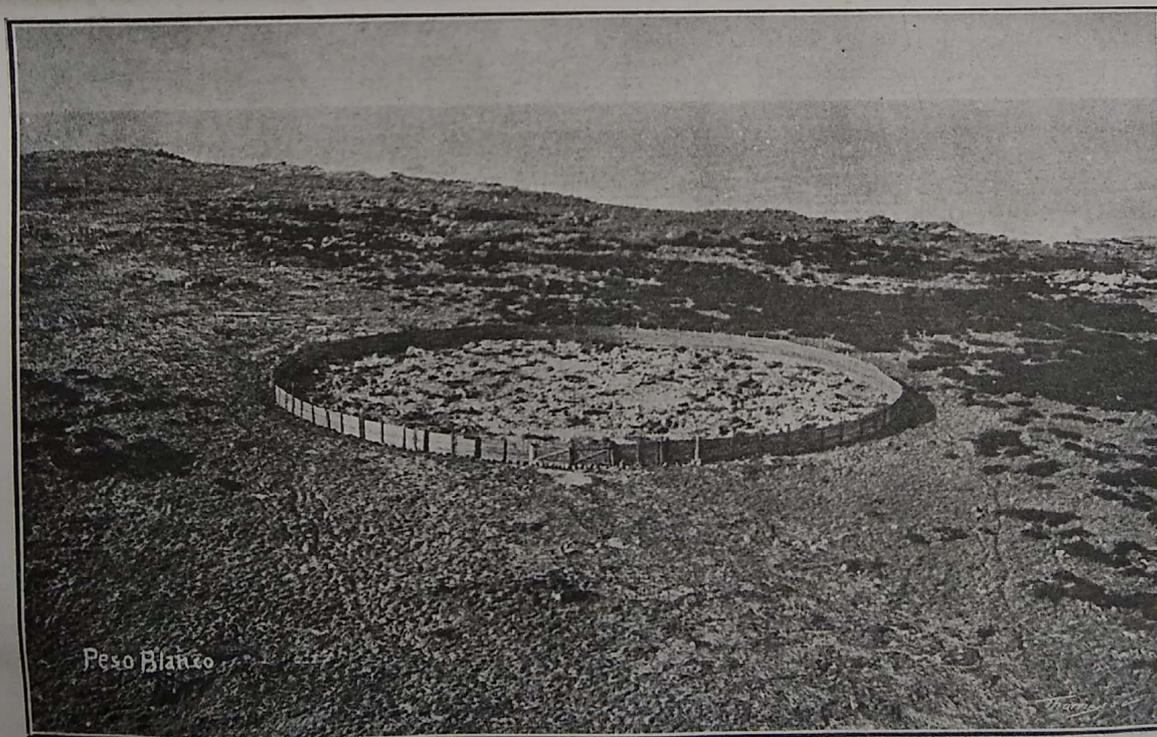
Cuando ya han salido muchas y no ven posibilidad en esos días de que el número aumente, se prepara el ataque. Divididos en dos ó más grupos y guiado cada uno por el lobero más ágil y entendido, á quien llaman puntero, por ser el que va delante, se dirigen unos tras otros hacia el sitio señalado por el capataz, marchando despacio y sigilosamente con el cuerpo encorvado ó casi arrastrándose, procurando ocultarse entre los accidentes del terreno para no ser vistos, y yendo siempre en dirección contraria al viento, avanzan hasta que consiguen colocarse entre las focas y el mar. Hay ocasiones en que ante el temor de inevitable fuga, salen en veloz carrera para cerrar pronto una brecha próxima al mar, sin reparar en el peligro de fácil caída al saltar por resbaladizas piedras ó al descender por alguna barranca.

Ya las atacan y rodean formando un semicírculo, ó de simples guerrillas, pues todo depende de la topografía del terreno, lo importante es acorralarlas y evitar á todo trance que se escapen. Al verse sorprendidas, su primer impulso es huir, y para conseguirlo buscan el sitio más cercano al mar, hacia el que se dirigen atropellándose las unas á las otras, pero allá las esperan los robustos brazos de los loberos, que, enarbolando buenos garrotes les amenazan y contienen, á la vez que las asustan y aturden gritando fuertemente. Hay algunos machos que, lejos de acobardarse, siguen avanzando en actitud provocadora hasta hacer frente al hombre. La inmen-

sa mayoría retroceden, se arremolinan y amontonan; si encuentran un punto débil de fácil salida, por él se precipitan, y sin reparar en el peligro, trepando por las rocas y sobre ellas corriendo con velocidad, se deslizan ó saltan, dejándose caer desde grandes alturas, en cuyas simas varias se matan y otras, gravemente heridas al chocar sus cuerpos con las piedras, siguen la huída hasta llegar al mar, en el que, nadando á toda prisa para alejarse de sus perseguidores, van enrojeciendo el agua con la sangre de sus heridas y aturdiendo el espacio con los roncos y amenazadores rugidos que salen de sus espumantes bocas.

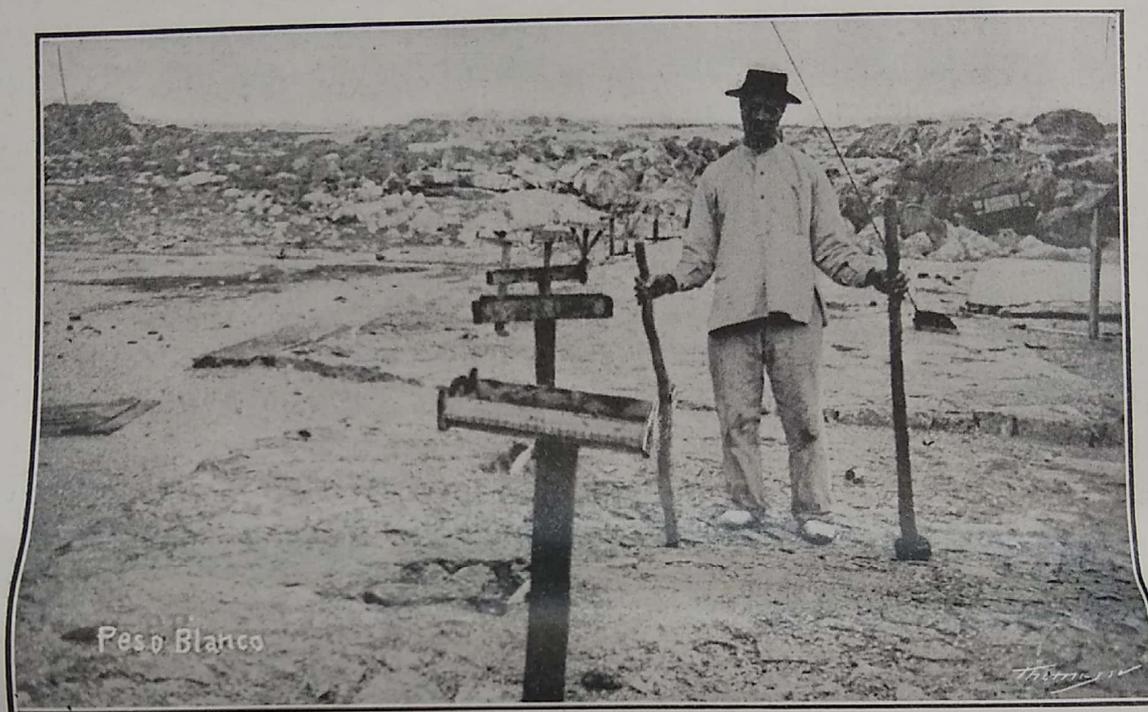
Por demasiadas precauciones que se tomen para dar estas batidas, resulta siempre difícil evitar y contener la fuga de muchas, calculándose que en cada una de ellas se escapan las dos terceras partes. Aprovechando la confusión de esos momentos suelen esconderse algunas atemorizadas, entre las cuevas ó grietas, de donde las sacan con ganchos de hierro.

Las restantes, después de inútil resistencia y lo imposible de la retirada, pronto se entregan, y acosadas y rodeadas más de cerca por los hombres, déjanse arrear, como si fueran ovejas, hacia un corral á propósito que hay en la isla, y en él las encierran, permaneciendo allí dos, tres ó cuatro



Corral donde las encierran

días, hasta que, aumentado el número por la llegada de otras nuevas, cazadas después, las van sacando en grupos de quince ó veinte y las llevan á otro paraje de la isla, próximo al saladero, donde de un certero y brutal garrotazo dado en la cabeza, las dejan fuera de combate. Enseguida proceden á sacarles la piel, operación que ejecutan con extraordinaria rapidez y



Sitio donde matan y sacan la piel á las focas. Lobero y guardián de la isla.
El palo que tiene en la mano izquierda es con el que matan á los *pelucas*.

maestría; con objeto de limpiarlas las sumergen en el mar, de donde después de varias horas las sacan y llevan al saladero. Los cadáveres los descuartizan y echan en grandes calderas para extraerles la grasa, sirviendo de combustible sus mismos huesos, y los despojos son arrojados al mar, donde millares de gaviotas, que revolotean en la orilla dando graznidos de impaciencia, los devoran en poco tiempo.

En esos días no es muy grata la estancia en la isla, pues el mal olor que despide la grasa al derretirla, unido al de la combustión de los huesos y al de tanto lobo muerto que espera turno para extraerle la grasa (cuando la matanza ha sido grande esta operación dura varios días), el olor de la putrefacción pronto se hace sentir, resultando de la mezcla de estos olores una atmósfera demasiado repugnante. Gracias á que allí el viento sopla con frecuencia y pronto vuelve á respirarse el aire puro del Océano.

La primera batida, á la que llaman *rodeo*, es la más importante de cuan-

tas se realizan en la Isla de Lobos durante la temporada, por ser mayor el número de las que cazan y ser éstas casi todas de las de dos pelos, cuyas pieles alcanzan gran valor.

En el sitio donde sorprenden á éstas, procuran no dejar huellas ni rastro de sangre, pues su excelente olfato las haría más desconfiadas para la salida á tierra. Las matanzas sucesivas las hacen en donde las encuentran.

Con los *pelucas* siguen el mismo procedimiento, pero se valen de garrotes terminados por uno de sus extremos en grueso aro de hierro, con el que les golpean la cabeza varias veces, y, aún así, tardan en morir, pues la espesa pared de su cráneo y las gruesas y altas crestas óseas que en dirección transversal y longitudinal protegen la bóveda craneana, les dan gran resistencia, ocurriendo á veces que, algunos mortalmente heridos, habiendo perdido mucha sangre y estando desollados, no dejan de vivir todavía y dan el espectáculo de verlos revolcarse en su propia sangre. De ahí que, para evitar tan horrible escena, los faeneros, cuando han conseguido dominarlos con los golpes dados en la cabeza, y apenas ven posibilidad de arriarse á ellos sin ser mordidos, los ultiman hiriéndolos en el corazón.

Tuvieron que desechar la lanza, que antes empleaban para matarlos, por ser peligrosa para los loberos; á veces solía tomarla el *peluca* entre sus potentes mandíbulas y de un tirón los desarmaba, y al arrojarla lejos de sí podía herir á los que le rodeaban. Tienen tanta fuerza, que, cuando por distraerse han enlazado alguno de los grandes, dos ó tres hombres no han sido suficientes para sujetarlo.

Raro es que en estas matanzas no salga algún lobero herido, y se han dado casos de arrancarles de una dentellada un músculo ó fracturarles un hueso.

Mientras están en la isla, acostumbran algunos loberos, en sus ratos de ocio, dedicarse á pescarlas, valiéndose para tal objeto de una cuerda á la que atan varios anzuelos de buen tamaño y un pedazo de trapo blanco. Subidos en lo alto de una piedra arrojan su aparejo al mar y lo mueven en distintas direcciones. Las más curiosas acuden y quedan distraídas observando el ir y venir del trapo atado á la cuerda, hasta que el pescador, aprovechando una buena oportunidad, dá un fuerte tirón, procurando engancharla en los anzuelos, y se la trae á la orilla, donde la mata á golpes. La empresa, respetando antigua costumbre, les regalaba la piel obtenida por ese procedimiento.

También las cazan en el mar á tiros, pero solo pueden aprovechar una quinta parte de las que hieren y matan.

Este procedimiento es el más perjudicial y el que emplean los cazadores que vienen de otros países, y en barcos apropiados las esperan cuando dejan las islas para emigrar á otras aguas y parajes, á fines de Febrero y primera quincena de Marzo, que reunidas en grandes manadas y con sus crías, se alejan de estas costas. En esa época las hembras van ya fecundadas, y como se ha observado que éstas sólo alimentan al hijo que han parido, y la lactancia dura varios meses, resulta que, por cada hembra que maten son tres las focas que se pierden: la madre, el hijo que llevan en su seno, y el hijo nacido, que alimentan. Así es que con esa práctica lograrán extinguirlas en plazo no muy remoto.

En el Uruguay, como en todos los demás países donde las hay, los cazadores ó las empresas que explotan las pieles, en su afán de lucro les han declarado guerra de exterminio, y sólo con enérgicas medidas es como podrá evitarse desaparezca tan útil animal.

Cuando Roosevelt ocupaba la presidencia de los Estados Unidos, en vista de la disminución siempre creciente de las focas que hay en las islas de *Pribylov* del mar de Bhering, en donde el año 1874 se calculaban en cuatro millones setecientas mil, á los diez años descendió á dos millones; á los siete á un millón; y en 1907 sólo quedaban ciento ochenta mil, obligó á no matar más que un número limitado, y que excluyeran de esta matanza á los padres y las madres, sacrificando á los célibes. El gobierno antes mencionado hizo que todas las islas próximas al archipiélago de *Pribylov* fuesen colocadas bajo su jurisdicción, no permitiendo desembarcar á los extraños, y sobre todo *prohibiendo en absoluto* la caza en el mar. (1)

En proporción de las que antes iban á las islas del Uruguay, allí también se ha hecho sentir el descenso: de veintitres mil seiscientas treinta y nueve que mataron el año 1896, á seis mil seiscientas cincuenta y nueve que fueron muertas durante la temporada de 1908, la diferencia es grande. (2)

No creo deba inculparse esta disminución al hecho de haber construído el faro en la Isla de Lobos, y según la estadística llevada por la Intendencia del Departamento de Maldonado, en las demás islas donde no han puesto faros, el descenso ha sido extraordinario.

(1) Estas medidas no habrán tenido el resultado favorable que esperaban, pues recientemente se ha celebrado en Washington una conferencia internacional, en la que han estado representados Inglaterra, Estados Unidos, Rusia y el Japón, con el objeto de impedir la desaparición de las focas, habiendo resuelto prohibir durante quince años la caza de ellas en el mar de Behring, y castigar en su territorio la venta de toda piel de origen desconocido.

(2) El año 1909 no hubo matanza, y el 1910 en la Isla de Lobos mataron alrededor de cinco mil setecientas.

En estas hubo año de matar once mil noventa y seis, y en el de 1908 solo pudieron conseguir mil quinientas noventa y dos.

De donde resulta que otras causas deben ser las responsables, no pareciéndome aventurado el afirmar que sean las principales la matanza en el mar, y que como el arrendamiento de estas islas se hacía por un número determinado de años, el interés de los arrendatarios estaba en adquirir la mayor cantidad posible de pieles y de grasa; de ahí el afán desmedido de dar muerte á cuantas focas podían, fueran jóvenes, adultas ó hembras. Afortunadamente se escapaban muchas; pues de otro modo y teniendo en cuenta que mueren más que nacen, á estas fechas apenas quedaría alguna.

La primera medida que se impone, si no quiere privarse al país de tan buena fuente de ingresos en plazo no lejano, es suspender la matanza anual por un período no menor de diez años, pues no hay que olvidar la lentitud con que se multiplican, debido á la poca fecundidad de estas hembras.

Si no es posible evitar que las cacen en el mar, debe establecerse severa vigilancia en las otras islas é islotes solitarios, para impedir que cazadores furtivos, aprovechando esas circunstancias, desembarquen en ellas y las maten á mansalva.

Si al terminar la veda y empezar de nuevo las matanzas tienen la precaución de señalar el número de las que han de morir, respetando á las hembras y pequeños é impidiendo el massacre clandestino, se evitará la extinción de estos animales, que tanto benefician al hombre.

Mientras se imprimía este trabajo, hemos tenido noticia que los Gobiernos de las Repúblicas del Uruguay, Argentina y Chile, tienen el propósito de concertar un tratado sobre la matanza de focas en sus respectivas aguas jurisdiccionales, análogo al que acaban de llevar á efecto Inglaterra, Estados Unidos, Rusia y Japón. Celebramos se generalicen las medidas encaminadas á la conservación de estos anfibios.

Granada Octubre 1911